

Los recientes acontecimientos políticos y económicos están poniendo de manifiesto la debilidad de los sistemas democráticos y dejando en evidencia sus imperfecciones. Al ciudadano actual le sorprende la fragilidad de la democracia a la luz de los últimos ataques producidos por las grandes entidades financieras y las agencias de calificación, de las que nada o casi nada sabía hasta hace poco. Pero no hay más que echar la vista atrás –dos mil quinientos años después de la primera democracia- para percibir que esa debilidad es congénita y que por tanto estamos obligados a cuidarla y apreciarla si queremos prevenir su progresivo deterioro y lamentable desaparición. Cualquier régimen democrático que se precie de serlo debe caracterizarse por su capacidad de auto cuestionamiento y por posibilitar el desarrollo de la conciencia personal y social entre sus ciudadanos; de ahí la crítica pública a la que está constantemente sometido. Diríamos, por tanto, que el propio concepto de democracia contiene implícita la idea de inestabilidad, en



ENRIQUE HERRERAS, *La tragedia griega y los mitos democráticos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010, 347 pp. ISBN 978-84-9742-997-9.

el sentido de que lleva aparejado un escenario en el que confluyen opiniones e intereses enfrentados, pero en el que se precisan razones para la deliberación y el diálogo, en contraposición a la demagogia y el dogma, como único método para resolver los problemas que afectan a la responsabilidad de los seres humanos.

Desde su origen, coincidiendo con el período de esplendor de la Atenas clásica, hasta nuestros días, las democracias han corrido siempre el riesgo de desmoronarse ante el empuje de la barbarie y el peligro de la insensatez. Como dice Castiriadis, ni el mejor régimen está a salvo de la locura ni de los crímenes de la sociedad, pero por esa misma razón parece necesaria una educación de la ciudadanía que garantice la conformación, pervivencia y mejora continua de la cultura democrática. En su libro *La tragedia griega y los mitos democráticos*, Enrique Herreras indaga en las aportaciones de la tragedia ática al desarrollo de la democracia, cuyo nacimiento y evolución son

Revista de Libros  
de la Torre del Virrey  
Número 1  
2013/1  
ISSN 2255-2022

conjuntos, en función de su papel activo en el paso de una *paideía* aristocrática a una democrática, entendiendo ésta como pensamiento y comportamiento social.

A lo largo de más de 300 páginas, Herreras consigue construir un interesante y convincente discurso que parte del nacimiento mismo de la tragedia, vinculando su origen a la evolución del género épico y de la lírica coral y, por tanto, destacando su implicación política, y concluye con algunas de las más importantes teorías filosóficas relativas a ella, centrándose de manera especial en el estudio de los que él llama “mitos democráticos”, la parte central de su planteamiento, para la que selecciona aquellas obras que, en tanto mitos, constituyen un buen material para la reflexión democrática. Así, son objeto de su análisis, con profusión de ejemplos extraídos de las propias obras y de referencias externas, *Antígona*, *Los Persas*, *Las Troyanas*, *La Orestíada*, *Medea* y *Prometeo encadenado*. Pero no se trata éste únicamente de un minucioso

*“Herreras consigue construir un interesante y convincente discurso que parte del nacimiento mismo de la tragedia”*

*“Las tragedias, en tanto que toman su contenido de los mitos no para repetirlos, sino para recrearlos y someterlos a examen, abren nuevas vías interpretativas en relación con los asuntos del hombre de ciudad. De ahí su sentido político y su carácter pedagógico.”*

tratado sobre el milagro democrático ateniense del siglo V a. C. Lo que hace que su tesis sea aún más interesante es que extrae consecuencias para el hombre de hoy.

“La tragedia intenta desvelar el enigma de fondo de la vida humana: el hombre enfrentado con su libertad y voluntad al destino”, nos recuerda en una de las primeras páginas. Pero su función va más allá de la catarsis que proponía Aristóteles. La tragedia no se plantea explicar el mundo, sino entenderlo mejor. El héroe trágico ya no es el paradigma del triunfo, como sucedía en la epopeya, sino de la derrota, en la medida en que deja de ser el reflejo de un ideal de virtud aristocrática para pasar a serlo de todos los hombres. Las tragedias, en tanto que toman su contenido de los mitos no para repetirlos, sino para recrearlos y someterlos a examen, abren nuevas vías interpretativas en relación con los asuntos del hombre de ciudad. De ahí su sentido político y su carácter pedagógico. Los mitos de la tragedia ayudan a construir un nue-



vo imaginario social, la metáfora de un arte democrático que sirve para reafirmar la tragedia y de la que a su vez se nutren.

El teatro, cuyo nombre alude directamente al público espectador, pues su significado es en griego “lugar para contemplar”, funciona por tanto como medio de educación para la democracia. No había ciudad griega en el siglo V a. C., por pequeña o inaccesible que fuese, que no contara entre sus instituciones más preciadas, además del ágora y de la acrópolis, con un teatro. La vida pública de la *pólis* conjuga perfectamente un recinto sagrado en el que rendir cuentas a los dioses, la plaza en la que se debaten los asuntos relativos a la ciudad y el escenario dedicado a las representaciones teatrales, a las que tenían acceso todos los ciudadanos, incluidos los que no podían permitirse pagar la entrada, hecho que demuestra por sí solo la importancia del teatro como elemento de integración social y que contribuye a desarrollar en el individuo el sentimiento de pertenencia a una comunidad y la

*“No había ciudad griega en el siglo V a. C., por pequeña o inaccesible que fuese, que no contara entre sus instituciones más preciadas, además del ágora y de la acrópolis, con un teatro.”*

conciencia de la propia responsabilidad política. Porque en esta forma de educación democrática, como resalta Herreras, “no hay manipulación ni propaganda de ideales, sino expresión de un conflicto en el que se permiten siempre lecturas distintas”. Un conflicto en el que lo importante es la propia tensión trágica, relacionada con los problemas de orden público o social, pero también con los problemas morales que afectan a la responsabilidad individual. En sus propias palabras, “el teatro enseña a percibir el carácter conflictivo de la existencia y de la vida social”.

*“El éxito sin parangón de la democracia ateniense está íntimamente ligado al origen y desarrollo del teatro.”*

El éxito sin parangón de la democracia ateniense está íntimamente ligado al origen y desarrollo del teatro. La tragedia aporta sabiduría a través de sus mitos democráticos, pero también da pie a la deliberación pública, a la interpretación y valoración individual, además de favorecer la capacidad de ponerse en el lugar del otro. “Expone el conflicto humano en un escenario ficticio, lo que ayuda al espectador a comprender las situaciones, y nos re-

cuerda que una democracia no posee garantía de éxito.” Acaso la mejor lección para la adormecida sociedad de nuestro tiempo. Pues una democracia no sólo depende de aspectos económicos o culturales, también es necesario el desarrollo de un imaginario democrático en el que participen y estén implicados todos los ciudadanos.

*Juan José Tejero*